

—No tienes razon,—es como decirle:

—No tienes gusto, no tienes sentido delicado.

Son terribles por esto las discusiones sobre el valor de un artista dramático, sobre la poesía y la armonía comparada de dos dialectos del mismo país, sobre si una persona es simpática ó antipática, sobre si una broma es de bueno ó de mal género, sobre si valen más los vinos del Piamonte que los vinos de Francia...

Guardaos de ellas.

Acaban casi siempre con una tempestad las disputas que surgen entre dos amigos acerca de un objeto que uno de los dos conoce ó debe conocer á fondo por razon de profesion, y que el otro trata como aficionado, con conocimientos de segunda mano y no sin su poco de petulancia de enciclopédico: es raro que el primero no salga descalabrado desde el primer momento.

Son formidables las discusiones de idiomas, sea quien quiera el adversario, porque cada criatura humana lleva dentro de sí el embrion de un lengüístico intratable, y cede mejor sobre la cuestion de la inmortalidad del alma, que sobre cuestion de un pronombre.

Las más tremendas de todas, son las discusiones sobre la honradez de un hombre público, sobre si es

ó no digna la política exterior del Gobierno nacional, sobre si es ó no delicado un negocio comercial ó financiero...

Discusiones en las cuales apenas perdida la calma, se está á cada momento, en bellas paráfrasis por supuesto, á un canto de duro de tratarse de traidores á la patria, de palaciegos, de bribonazos y toda frase mesurada, va tambien cargada de sospechas y de sobrentendidos intolerables.

*
* *

Además de estos, hay una serie de argumentos generales de discusión, teas inextinguibles de la discordia humana, á la cual van á quemarse en todos tiempos y en todos los países civilizados, un contingente anual de amistades, que es poco más ó ménos invariable, como el de los matrimonios y el de los delitos.

En cada pueblo y en cada período de tiempo hay todavía sus argumentos particulares y transitorios, sus temporadas repletas de discusiones que son temporadas de crisis, y estaciones relativamente favorables á la planta de la amistad.

Hay tambien entre toda pareja de amigos un número de discusiones siempre pendiente, de órden moral la mayor parte, las cuales no són más que diversas manifestaciones de una desconformidad parcial y oculta de sus naturalezas; reconocida la cual, se hace fácil á ambos preveer de lejos y evitar las disputas inútiles é irritantes.

Queda, sin embargo, un buen número de discusiones que no son clasificables, porque el argumento no interesa en realidad á uno ni á otro de los disputantes, y no son más que pretextos para desahogar los malos humores de la amistad, para poderse decir ó comprender mutuamente, con la excusa de la sangre caliente, ciertas pequeñas verdades desnudas y ásperas que la buena educación impide decir á sangre fría.

No se puede responder en modo alguno, siquiera del buen acuerdo de una hora, aun con los más fieles de nuestros propios amigos; en toda idea, bajo cada palabra, tras de toda cosa se esconde la chispa de una disputa.

¡Qué libro tan curioso se haría recogiendo todas las discusiones que han tenido dos solos amigos, los primeros que se cojan, en veinte años!

En un mes solo, cogiendo al vuelo cada tarde, desde la ventana de su cuarto, las conversaciones de una cuadrilla de cuatro amigos que salian á hora fija de una taberna, hay quien ha notado una discusión furiosa sobre la edad de Ernesto Rossi; otra sobre la paz de Villafranca, otra sobre dos sistemas de máquinas de vapor, otra sobre la percepcion de los colores, otra sobre la pena de muerte, y otra sobre el plural de la palabra *archeologo*, si se debía pro-

nunciar *archeologi* ó *archeologhi*, tan obstinada y estrepitosa, que habiéndose detenido los contendientes debajo de su ventana, él, para impedir un escándalo, les apostrofó con la gramática en la mano, diciendo que se podía decir de las dos maneras. Y entonces se aquietaron.

Pero ¡ved lo que son las discusiones!

Quedaron descontentos los cuatro.

*
* *

Pero para ver hasta qué grado cómico puede llegar esta manía de discutir...

¿Quién no ha caído una vez, al levantarse de la mesa con una tertulia de amigos, sobreexcitados por el zumo de la vid, en una de aquellas turbulentas discusiones que hacen tender el oído inquieto á los guardias de orden público que pasan por la calle?

El espectáculo es singularísimo y no inútil para el observador que tiene el estómago ligero y la cabeza despejada.

Las dos partes contrarias se arrojan á la cara tumultuosamente fragmentos de razonamientos, cuernos rotos de dilema, retazos de conclusiones y de premisas, que arrojan y rechazan de uno á otro, como piedras arrojadas sobre un muro, sin que nadie las recoja.

El vocerío general está dominado por dos ó tres voces de trombon, que cambian de un lado á otro.

de la mesa, afirmaciones y negaciones rotundas, las cuales no revelan otra cosa, de las dos opiniones contrarias, más que las fuerzas pulmonares con que pueden contar para combatirse.

Entre aquel agitarse continuo de cabezas y brazos se distinguen rostros encendidos de disputadores solitarios, en los que nadie repara, rabiosos de no tener voz, y que, al verlos con la boca abierta, de aquel modo, sin oír el sonido de sus palabras, parece que hablan bajo una campana pneumática, y estén para dar, de un momento á otro, las últimas boqueadas.

Algunos se colocan de pié sobre una silla para arrojar desde lo alto sus argumentos capitales; otros cogen por las dos puntas la servilleta del adversario, para dispararle en la cara los razonamientos, mientras aquél, volviendo la cabeza, responde á la argumentacion de un tercero, que lo asalta por un flanco; otros, desanimados por el tono descompuesto de la disputa, se dejan caer, con la cabeza entre las manos, sobre una silla, de la que saltan indignados, despues de un momento, para mezclarse de nuevo en la lucha, lanzando un argumento olvidado, que alguien le ha apuntado al oído.

*
* * .

Hay siempre en todas partes una voz gangosa, sutil y agudísima, que hiende, por decirlo así, todas las demás voces gruesas y robustas, y penetra en todos los oídos como sonido de cuerno de caza, repitiendo infatigablemente el mismo argumento, hasta que, volviéndose todos á un tiempo, exasperados, para imprecarle con los puños cerrados, le hacen callar por un instante.

Hay siempre una pareja de amigos más quietos, separados de todos, que hablan sin parar hace una hora, escuchándose uno á otro con una atención mucho más profunda que sus discursos, sin apercibirse ninguno de los dos que hace una hora están de acuerdo sobre todos los puntos y en todas las formas, y que no hacen más que repetirse en vez de combatirse.

Vienen despues los que no tienen la mente bastante clara ni la lengua suficientemente suelta para discutir; pero, que no pudiendo callar, se contentan

con sostener á los amigos con un rumor profundo y continuo, semejante á un mugido subterráneo, ó con vociferaciones inarticuladas como las del público de un teatro, que arredran al adversario.

Los que disputan se dividen en grupos, se descomponen en corros, se persiguen, se estrechan unos á otros contra las paredes y contra los muebles, reanudando cien veces el hilo del discurso cien veces roto.

Y en tanto la discusion general va dando grandes rodeos y serpenteando, volviendo continuamente al punto de donde partió, y repitiendo sin descanso las mismas palabras, colocadas distintamente, pero con entonacion cada vez más fuerte, acompañadas de gestos siempre más impetuosos, pronunciadas con una conviccion cada vez más creciente, reforzada con juramentos, apuestas y apóstrofes líricos á la Verdad, á la Razon, á la Historia, á la Ciencia....

Y al día siguiente no habrá siquiera uno que recuerde con claridad, al despertarse, por cuál de las dos opiniones puso á prueba sus pulmones la víspera.

¡Y decir que semejantes discusiones dan lugar á duelos!

*
* *

Sin embargo es preciso haber tenido con un amigo una discusion violenta, al ménos una, para poder decir que se le conoce íntimamente.

No hay otra prueba que mejor revele el alma, el mecanismo intelectual, el temperamento físico, el fondo mismo de la educacion de un hombre.

Personas que han gozado por mucho tiempo en medio de los propios amigos, una reputacion de ingenio y de sabiduría, velada con cierto misterio, que le hacía temible y casi venerable, han sido desenmascarados despues de la primera discusion, en la cual han mostrado los límites de la propia doctrina, la mente tarda en la réplica, la expresion falta de exactitud, las citas inseguras, la inteligencia fácil á enturbiarse á los primeros asaltos del orgullo.

Pierden otros en la primera disputa, la reputacion de caballeros ganada y conservada hasta entonces con una dignidad de modales que parecía una dote de la naturaleza; disputando se hacen traicion, con

un lenguaje inesperadamente vulgar, con una mímica angulosa y descompuesta, con mil desentonaciones de la voz, de las palabras y de la actitud que muestra un fondo de naturaleza plebeya é inculta que no tiene más que la apariencia de gracia.

Muchos, que fueron siempre creídos hombres austeros y modestísimos, revelan inesperadamente una inmensa vanidad, en la alegría pueril que dejan asomar á su rostro, á la primera fútil discusión en que reportan una media victoria que no esperaban sobre un adversario que se deja vencer por descuido.

*
* *

No deja de tener gracia ver al ignoranton de buen sentido y buena pasta perder la paciencia atosigado y con lógica sencilla y terrible, destrozor punto por punto, entre la maravilla de todos, al doctor brillante y superficial que ocupado en dorar lo demás, ha dejado enmohecer la razon; ó al amigo de la boca cosida, poderoso de inteligencia, pero pobre de estudios, estrangular entre el lazo de hierro de una argumentacion de maestro, la petulancia sentenciosa del hombre de mundo; ó al amigo taciturno y tímido, defendiendo una idea ó un sentimiento generoso, animarse, obstinarse, hacer frente á diez adversarios, anegarles en un torrente de palabras ardientes y soberbias levantando la fulgurante frente llena de indignacion, en medio de diez rostros rojos de rabia.

Pero la mayor parte, en el mayor número de los casos nos engañan; los que disputan ménos, resultan casi siempre los más autorizados; reunidas doce per-

sonas, los once hombres de ingenio que discuten acaban por experimentar toda cierta sujecion, delante del único que calla.

Por esto, todos los que reunen al ingenio la astucia, no se arrojan jamás de cabeza en una discusion calurosa en presencia de muchos amigos; escaramuzan cautamente teniendo siempre á la vista el camino de la retirada, ó hacen la parte más cómoda de espectadores ó jueces del campo.

Hay una infinidad de gente que deben la simpatía y aun cierta potencia al propósito que han hecho de no discutir nunca con los propios amigos; y son, casi toda, gente que habiendo discutido muchísimo y acaloradamente durante el pasado, se ha persuadido, despues de infinitas pruebas, que la discusion entre amigos, aquella discusion tranquila y cortés, que deja ideas en la mente, sin dejar ni sombra en el ánimo, ó es imposible como la perfecta amistad, ó es un posible mucho más peligroso para quien lo busca, que útil á quien lo consigue.

*
* *

Así es. ¿Por qué negarlo? Sin duda hay una diferencia en el efecto de las discusiones entre dos amigos del instituto y dos amigos senadores.

Pero no es nunca tan grande como los dos amigos del Instituto pueden creer.

Ved lo que pasa en casa de ***

El dueño de la casa es un hombre ilustre; la señora buena y dulce como un angel, y maestra insuperable en el arte de dirigir la gran orquesta de la conversacion, de refrenar á los impetuosos, de amansar á los soberbios, de persuadir á los testarudos, de desterrar á los embrollones, con una palabra, con una sonrisa, ó con un gesto gracioso de amenaza de su pequeño dedo blanco y lleno de sortijas; y á su salon no acuden más que hombres cargados de años, de honores, de condecoraciones y de hojas amarillentas de laurel.

Parece que aquella debía ser una especie de alta escuela de la discusion señorial y amistosa.

Sin embargo, no pasa una noche sin que en uno de los varios corros en que se divide la concurrencia, nazca una disputa, la cual necesita la oportuna intervencion del dedo blanco.

Senadores del cráneo desnudo, hombres de estado, fogueados en el mundo y probados en cien infortunios y dolores gloriosos, palidecen ante la inesperada contradiccion de un amigo, como delante del cañon de una pistola; y en el calor de la disputa mientras los rostros ostentan cierta tranquilidad de ánimo, se ven los sombreros echarse atrás con manos trémulas que parecen manos de paráliticos.

Las voces se contienen, los gestos son mesurados; pero los golpes dados y recibidos en los ángulos, con los dientes apretados, furtivamente; las sonrisas de desprecio, las reticencias malignas, las miradas llenas de odio y de veneno, de toques injuriosos, cambiadas de vez en cuando, á hurtadillas de la señora, de aquellos graves personajes, no están por debajo, aunque ménos escandalosa, que las galanterías que cambian los jóvenes amigos del vecino *Club de la Pipa*, las noches de discusion borrascosa.

*
* * *

¡Oh, Dios! Luego aquella que se llama generalmente educacion, es, más que del alma, una educacion de maneras que cae, como un traje de papel, al primer chaparron que recibe la persona educada.

Estudiad las machedumbres ilustres, vereis tambien allí, como en otras partes, á un docto famoso que no desdeña un epigrama de cochero, si en lo más ardiente de la disputa puede provocar con él una carcajada que confunda al adversario victorioso; y tres ó cuatro magistrados, sofocar con vocerío confuso de demostraciones de mercado, la exigua voz de un contradictor que temen; y un grupo de productores hacer saltar á un gran helenista para que provoque y derrote á un amigo comun, helenista ménos fuerte que él, pero más poderoso que ellos.

Sentireis, por fin, alguna noche, al pasar por un círculo de comendadores encanecidos, á un paso de la dueña de la casa, cumplimientos como este:

—Esta señora habla por los codos,

Y.

—De seguro no sabe donde vive el sentido comun.

¡Ay de mí! Lo malo es que, creciendo la experiencia por un lado, se refina por el otro lado el amor propio y uno es siempre mucho más sensible que el otro.

Sí; aun así, la discusion es un pugilato del orgullo, más bien que una gimnástica de la mente, un cambio de mordiscos mejor que un cambio de ideas.

¡Y no siempre de mordiscos solo!

¡Oh tarde inolvidable! Moría un hermoso sol de Setiembre, sobre el vasto jardin de la villa, poblado de egregios señores.

Despues de una discusion precipitada, pero breve, el valiente filósofo y el óptimo inspector se habian internado en un bosquecillo, hablando pausadamente: cuando se oyó de improviso un rumor seco que paralizó todas las conversaciones; todos se miraron maravillados y la señora preguntó:

—¿Qué es eso?

¡Pobre señora! Jamás supo la verdad.

...No era el rio que rompe entre las peñas; no era el viento que los bosques embiste y de uno en otro se desliza silbando...

sino pura y simplemente un palo de padre y señor mio, aplicado por un vigoroso brazo de Inspector sobre una ancha espalda filosófica de cuarenta y dos años.

Poco despues volvieron por dos senderos distintos, pálidos; pero repuestos...